

al hombre, se dispara y va á recoger al pichón, portéandolo con inteligencia en su boca, sin destrozarlo. El pichón palpita aún, sus alas se mueven convulsas; y el grupo zoológico, escultural, es bello sobre el verde de la pradería, que tiene por fondo densa cortina de frondosa arboleda señorial y alta.

Presencian el torneo de destreza damas emperifolladas con sus galas primaverales, vestidas de los colores algo chillones y discordantes que este año impone la moda, tocadas con los sombreros á la vez nuevos y anticuados de forma que también la moda decretó. Algunas se visten como *sportswomen*; lucen abrigos que casi son de viaje, gorras caprichosas que casi son de automóvil. Hay una nota de extravagancia extranjera en ciertas *toilettes* de «alta fantasía», y las plumas de gallo, de avestruz, de lofóforo, de gallina de Guinea, revolotean alrededor de las caras..., no todas juveniles, ni mucho menos! Pero es una característica de la moda presente, que no hace diferencia de edades ni de figuras; que ha suprimido la divisoria entre los atavíos y tocados de las mamás y hasta abuelas y los de las niñas; que ya no se ve una honesta «capota» ni un traje de líneas tranquilas y reservadas; y que aquella oleada de locura en la indumentaria que señaló la época del Directorio, parece arrollarnos, en este período que ya nadie tiene el recurso de calificar de «fin de siglo», porque la verdad es que el siglo xx es todavía impúbber.

Otro deporte ventilado, las carreras de caballos, parece decaer en vez de prosperar. Cada año concurre á él menos gente. Acaso tenga la culpa de esto la pícarra indumentaria. Para presentarse en el *stand* es de rigor mucho lujo, traje fresco, sombrero de última. El concurso hípico además ha restado público á las carreras; ¡se parece tanto á ellas! Y al cabo, no somos anglosajones; no nos interesa la equitación ni la apuesta como les interesa á esos fríos y apasionados hombres del Norte, que juegan furiosamente sin cartas ni fichas.

No por eso diré que no se apueste aquí. Se apuesta, y fuerte, en el tiro, en las carreras, en el hípico, en todas partes... La apuesta es el aperitivo, la sal de un espectáculo realmente poco variado y que ha menester que lo realcen. Se oye un vocerío especial, análogo al que resuena en la Bolsa, análogo al que se oía en los frontones—creo que ahora ya ha disminuído mucho la afición á este deporte atlético.—Se ven circular de mano en mano billetes de Banco, y la ansiedad de la pérdida ó la ganancia, unida á la impulsión del amor propio, siempre interesado en el juego, da expresión á los semblantes... Es un elemento más de lucha..., es la «guerra de todos contra todos», resorte más ó menos visible de la existencia humana.

Después, ante las mesillas cargadas de fiambres, de pasteles, se instalan á merendar espectadores y espectadoras; el *champagne cup*, de vivaz color amarillo en que flotan gajos de limón y fresillas de rubí, refresca los labios y anima los espíritus con la alegre animación de todo alimento ó bebida que se absorbe al aire libre; y ya, como la tarde va cayendo, los coches y los *autos* inician su viaje de regreso al centro de Madrid... Lígera nube de polvo les envuelve, y desfilan como alma que lleva el diablo, sembrando el terror en los paseantes de á pie, que al escuchar el mugido disonante de la bocina ven, en un relámpago de susto, costillas hechas harina, piernas separadas del tronco, cabezas aplastadas cual obleas y vientres laminados ajustadamente, reducidos á grosores de milímetros..., una caricatura tragicómica de Caran d'Ache, adivinada por los que no la han visto nunca.—El *auto* ha pasado, y detrás de él flota un gran silencio, de resignación y de sorpresa. ¿No ha sucedido nada? ¿No han despachurrado á nadie? Otra vez será... Vendrá la tragedia...

Y vino, ayer mismo, en las carreras de caballos. Fué cosa de un segundo: la muerte va más aprisa aún que los automóviles.—El caballo volaba, ya casi vencedor. Le faltaba por saltar un obstáculo, una valla. Contra aquella valla chocaron sus manos; su cuerpo volteó, en horrible vuelta de campana, verdadero salto mortal. Cayó á tierra sin un perneo convulsivo, sin un estremecimiento de la piel; caía muerto. Siete metros más allá yacía el jinete. «Se ha matado también...» Le llevaban en brazos á la ambulancia; pendía, inerte, deshecho interiormente; por fuera no se veía nada, ninguna herida. Respiraba aún; y quizás respira todavía, en el hospital donde le cuidan con solicitud. Los médicos hablaban de «conmoción.» Después se dijo si tenía partido el espinazo. Fuese lo que fuese, el *jockey* no recobraba el sentido. Una gritería de dolor, á la puerta de la ambu-

lancia... La madre, una mujer alta, morena, tosca, del pueblo, que pedía á voces que le dejaran ver á su hijo. ¿Por qué no se lo dejaban ver? No podían; el moribundo estaba en manos de la ciencia...

¡Y la ciencia tiene, en tantas ocasiones, que cruzarse de brazos! El mecanismo de nuestra vida no le pertenece. Grandes son sus conquistas, grandes sus triunfos... y mayores serán siempre sus derrotas.—Un triunfo acaba de conseguir; y no se hablaría de otra cosa si no hubiese que hablar un poco de política, otro poco de diversiones, otro poco de chismografía y otro poco de la nueva orientación del veraneo regio... La ciencia ha conseguido coser y curar una herida del corazón, del mismo corazón; la ciencia ha puesto la mano en el corazón del hombre... Un muchacho clavó á otro muchacho un fragmento de vidrio en el lado izquierdo del pecho; y la punta de esta espantosa arma se hundió en el pericardio. El arma fué extraída, el desgarrón recosido... y se espera que cicatrice. ¡Operación tremenda! ¿No es cierto que al novelista le infunde, con tal motivo, envidia el médico? ¡Ahí es nada, tener en sus manos un corazón, sangrante, palpitante, herido, abierto! Y tengo para mí que el caso demuestra hasta qué punto es figurado el lenguaje de la literatura. El corazón sirve para expeler é impeler la sangre, y nada más. «Conocer el corazón humano...» es un modo de decir... Y en el sentido que suele darse á la frase, el ilustre médico que realizó operación tan sorprendente es quien menos conoce el corazón...

He dicho que la nueva orientación del veraneo regio preocupa la atención y da tela á los diarios para artículos, conjeturas, fantasías y noticias sensacionales.—La corte lleva consigo tantos elementos de prosperidad, tanto carbón para la máquina, que no sorprende el anhelo de las provincias por atraer á sí ese venero de riqueza. Hay muchas provincias españolas que por las condiciones de su clima en verano están fuera de concurso; pero el Norte y Noroeste, favorecidas con agradable temperatura, se disputan el privilegio de surtir de frescas auras á los reyes en los meses de calor. Por largo tiempo, San Sebastián gozó exclusivamente esta prerrogativa. Si algún gallego ó asturiano protestaba tímidamente, se le tapaba la boca con un argumento irrefutable. «San Sebastián está á la puerta de Francia. Desde San Sebastián se ve Europa...» Y era preciso que lo reconociésemos, que nos inclinásemos ante la superioridad de un pueblo que apenas dista de Francia... La hermosura de nuestras rías, la magnificencia de nuestros puertos, la riqueza de nuestra hidrografía, el encanto de la rubia Cenicienta de dengue colorado que se llama Galicia, no importaban gran cosa; Galicia era el *finisterre*, el más arrinconado rincón de España. Encuentro natural que no siempre lo sea; veintitantos años ha gozado San Sebastián fueros de corte de verano; corte seguirá siendo, al recibir allí la reina madre; lo que cae en el regazo de la Cenicienta gallega es una parte tan sólo de lo que la «bella Easo» disfrutó y disfrutará. En justicia no puede extrañar á nadie que se reparta el veraneo regio. Lo contrario sería lo injusto.

Y mis recuerdos me hacen presente el cuadro de la ría de Arosa, la más dulce, la más luminica, la más *mediterránea* de las rías gallegas. A ambos lados de la ría, pintorescas poblaciones se apiñan con la gracia de palomas agazapadas en el suave recuesto de las laderas. Santa Eugenia de Ribeira, más joven; Cambados, el viejo Cambados, con sus torreones derruidos, sus palacios linajudos, sus muelles descuidados, sembrados de cabezas de sardina, que brillan al sol como bolas de plata, y sus alamedas seculares, donde pasearon fidalgos de peluca de bucles y mayrazgos de tontillo y mitones... Y después, Villagarcía, la mágica Villagarcía, y Carril, y la islita que ya se pavonea, soñando en el palacio que va á surgir entre sus pinares... También creo ver el camino de tierra, desde Villagarcía á Cambados, camino sembrado de quintas, entretejido de maizales y huertos, por el cual rueda pesadamente el sucio ómnibus que hace esta jornada llevándose á los infelices necesitados de la inmersión en los baños de la Toja. Y mi imaginación se adelanta, y ya diviso el tranvía eléctrico, que aquí instalará una compañía inglesa ó francesa; temo que española no... *Esto* progresará cuando llegue aquí la influencia del regio veraneo; progresará, sí; aunque no muy aprisa, de fijo. Aprisa no se hace nada en nuestra patria, ni en mi tierra. Todo camina á paso de caracol. En fin, sea aprisa ó despacio, venga ese tranvía eléctrico, esos hoteles á la moderna, esas mejoras, de que tanto necesita la bella Cenicienta rubia...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta época del año es la época deportiva. El placer de las distracciones al aire libre reemplaza al placer de las de aire viciado, y esto vamos ganando siquiera. Hay gente que tiene refinado el pulmón, como la hay que tiene refinada la epidermis, y el ambiente de un teatro, descompuesto por tanta humanidad como allí respira, puede molestar igual que molesta al delicado de piel el contacto de una tela ordinaria y ruda, ó sucia y grasienta. Nótese sólo un detalle: en todo recinto cerrado se oye toser, ó se percibe que muchos reprimen la tos. Al aire libre no tose, no carraspea nadie. Yo saboreo el aire libre lo mismo que saborearía un agua pura, un agua filtrada por capas de arcilla y manando entre rocas. El aire, positivamente, posee un sabor peculiar cuando es fresco, vivo y se ha columpiado entre arboledas; y estas condiciones reúne el aire que nos abanica en la Casa de Campo, donde tienen lugar las tiradas de pichón.

¿Que este *sport* es cruel? No cabe duda: la caza siempre envuelve crueldad: fiesta de muerte, parodia zoológica de la guerra entre humanos. Doblemente cruel, ya que ni aun permite al animal defenderse en la libertad de su fuga despavorida. Cuando el pichón sale de la jaula, ya le espera apuntado el cañón de la escopeta. Y sin embargo, algunos se salvan del suplicio, se van volando. Es un momento de alegría para los que sentimos cariño á todos los bichos (excepto á los feos y repugnantes), y de despecho para el tirador, que hace *cero* y queda fuera de juego á la primera, á la segunda ó á la tercera errata, según las condiciones. La mayor parte de los tiros hacen blanco, y el pichón, que ha salido de su encierro gozoso, cae inmediatamente, batiendo el ala, malherido ó ya con el estremecimiento de la agonía. Entonces un hermoso animal, un perro negro ó color de canela, ágil, gracioso, convencido de su obligación de ayudar

Por
muy in
apuñal
celos l
con lo
«No sé
la he n
—así s
de repi
género
asunto
Palom
hasta l
variar

Y la
realiza
ñorita
paró d
atrocic
más el
novio
suponi
en su
tambi
una re
rosa,
para l

El
la vid
otras
cruzo
Torre
tástro
que la
hay n
monte
gón,